

La expedición de Luperón de 1949

Ante el fracaso de la primera lucha cívica desarrollada para lograr la liberación del pueblo dominicano de la tiranía en que está sumido desde hace diez y nueve años, los dominicanos libres se han visto precisados, como última recurso, a lanzarse a las armas para reconquistar la perdida libertad de sus hermanos. Y para dar público testimonio de la pureza de sus ideales ante las conciencias de los demás pueblos de América, han redactado el siguiente

MANIFIESTO

HERNANDO PUERTO DOMESTIANO: EL DIA DE LA LIBERTAD HA LLEGADO

De la patria, dominicana, a la patria, libre, se ha pasado ya a la patria que es el futuro. La patria, libre, es el futuro. La patria, libre, es el futuro. La patria, libre, es el futuro.

¡ACUDID TODOS LOS BUENOS PATRIOTAS AL LLAMADO POR LA LIBERTAD!

LA JUNTA REVOLUCIONARIA QUE ASUMIRA EL PODER TEMPORALMENTE OS PROMETE INMEDIATAMENTE:

Otorgar una completa libertad de expresión y de asociación, para que pueda organizarse el país democráticamente.

Una reforma agraria que asegure el sustento y a las necesidades del pueblo.

Constituir una fuerza armada, campesina y obrera, para la defensa y el mantenimiento del país, promulgando un Código de Trabajo y organizando el Seguro Social Nacional.

Terminar con el analfabetismo, dignificando la misión de los maestros, mejorando su situación económica y proporcionando una amplia autonomía a la Universidad.

Respetar la propiedad privada y dirigir el crédito para apoyar a los ferrocarriles e industriales que deseen mejorar y modernizar su sistema de trabajo y para permitir la instalación de nuevas empresas e industrias que eleven el nivel económico del pueblo y mejoren la economía nacional.

Hacer que la justicia sea administrada por personas dignas y de alta moral y profesional terminando con los abusos y los atropellos de la tiranía actual, que para sorpresa y bochorno de América, ha llegado de leto y de iguazú a nuestro sufrido país por tantos años.

Crear un Ejército que sea digno representante de un pueblo libre y democrático; que constituya la mejor safeguarda en la defensa de las instituciones libremente acordadas por la ciudadanía y un Cuerpo de Policía Nacional, regido por normas liberales.

FOR LA JUNTA PROVISIONAL DE GOBIERNO Y POR EL EJERCITO DE LIBERACION

Mayor General

JUAN RODRIGUEZ GARCIA

Comandante en Jefe del Ejército de Liberación

General de Brigada

MIGUEL ANGEL RAMIREZ

Jefe del Estado Mayor General

Coronel

HORACIO JULIO HORNES COISCOU

Jefe de Operaciones

Comprometerse a estar al lado de los regímenes auténticamente democráticos y cumplir los compromisos internacionales libremente contraídos y que no atenten a la dignidad y soberanía de la Patria.

Una pronta salida del país requiere su normalidad y se ordena el funcionamiento de sus instituciones, la JUNTA REVOLUCIONARIA convocará a elecciones para que el pueblo designe libremente a sus representantes que han de redactar y aprobar nuestra constitución democrática.

CAMPESINOS Y OBREROS: Dejad vuestras herramientas de trabajo para empuñar las armas y derrotar a la tiranía.

ESTUDIANTES: basad vuestro puesto de combate para lograr una Patria digna, en la que los centros de Educación, abiertos a todos, hagan de nuestra República ejemplo de autarquía y de cultura, como lo fue antes de la sangrienta y cruel tiranía trujillista.

MAESTROS, PROFESORES Y PROFESIONALES: colocosos decididamente al lado del pueblo, ayudando a una pronta victoria que os convertirá en autoridades de un futuro de grandezas para el país.

COMERCIANTE E INDUSTRIALES: participad activamente en la lucha para acabar con la corrupción y el favoritismo, para instaurar un régimen en el que la industria privada constituya uno de los más firmes pilares del progreso nacional.

SOLDADOS: negaos a vilificar las armas para auxiliar a vuestros hermanos. Pasad con ellos al campo de la libertad y de la democracia. Formid parte del pueblo y de la defensa, ya que se ventila para todos la felicidad del futuro y el Pueblo os paga para ser su soldado y no para servir a un amo criminal y ladrón.

JEFES Y OFICIALES DIGNOS: demostrad que sois seres libres y dignos de una dictadura sanguinaria y vana. Demostrad vuestra dignidad frente a la indignidad, y, junto al pueblo, ayudad a crear un Ejército querido y respetado por todos, defensor del régimen democrático instaurado por la voluntad soberana.

**CON EL PUEBLO Y JUNTO AL PUEBLO
ALCANZAREMOS LA VICTORIA.**

**VIVA LA LIBERTAD! VIVA LA DEMOCRACIA!
ABAJO TRUJILLO Y SU REGIMEN DE OPROBIO!**

Colección Tertulia No. 3



Museo
Memorial
de la
Resistencia
Dominicana

Tertulia
La expedición de Luperón

Museo Memorial de la
Resistencia Dominicana

Tertulia
La expedición de Luperón

La expedición de Luperón
Colección Tertulia núm. 3

Museo Memorial de la Resistencia Dominicana
Calle Arzobispo Nouel 210, Ciudad Colonial
Santo Domingo, República Dominicana.
Tel. : (809) 688-4440
www.museodelaresistencia.org

Directora:
Luisa de Peña

Primera edición:
Junio de 2015

Transcripción:
Eladio Robles

Corrección y cuidado de la edición:
Ángela Soto Franco

Diagramación y diseño de portada:
Modesto Cuesta Soriano

ISBN 978-9945-8958-3-4

Impresión: Editoraa Búho, S.R.L.
Elvira de Mendoza 156, Zona Universitaria, Santo Domingo.

Impreso en República Dominicana / Printed in Dominican Republic

Presentación

Distinguido lector:

El Museo Memorial de la Resistencia Dominicana coloca en sus manos la tertulia “La expedición de Luperón” cumpliendo con su propósito de rescatar los eventos pasados para interpretarlos en el presente para la construcción de un futuro mejor.

En esta tertulia, celebrada en nuestro auditorio Juan y Alma Vicini el 7 de junio del año 2012, tuvo una destacada participación Manuel Andrés Brugal Kundhart, sobrino de Hugo Kunhardt, expedicionario de Luperón, quien nos ofreció una detallada y brillante descripción del “Frente Interno de Liberación de Puerto Plata”, agrupación fundada y dirigida por Fernando Spignolio, una experiencia diferente a los demás intentos de derrocamiento del régimen, integrada por jóvenes valientes y decididos, que desde una provincia –Puerto Plata– contactaron a la resistencia antitrujillista en el exilio y a los jóvenes progresistas del país y de la capital con el objetivo de dar al traste con la dictadura de Trujillo.

Esa exposición fue ampliada por la Sra. Cucha Vda. Puig, sobreviviente de ese movimiento y esposa del Dr. José

Augusto Puig, quien nos narró algunos acontecimientos e impactantes momentos vividos en su natal Puerto Plata en esos días aciagos.

Por otra parte, el profesor José del Castillo intervino en su calidad de estudioso de ese movimiento, haciendo énfasis en las características de la reprimida sociedad capitalista; describió la resistencia de la juventud y la incredulidad de gran parte de la población en la "apertura trujillista". El Prof. Del Castillo Pichardo, hizo un detallado análisis de la expedición de Cayo Confites, que según sus propias palabras, "es indispensable conocer para lograr entender la expedición de Luperón". Destacó el papel de guatemaltecos, nicaragüenses, hondureños, norteamericanos, los aportes de otras relevantes personalidades latinoamericanas en todo este proceso y de su compromiso con la libertad y democracia de América.

Asimismo, la tertulia acogió la enriquecedora participación de Miguel Ramírez, hijo del general Miguel A. Ramírez Alcántara, comandante de la expedición, nativo de San Juan de la Maguana, quien obtuvo ese grado militar en Costa Rica cuando formaba parte de la "Legión del Caribe", dirigiendo un contingente militar que contribuyó con el establecimiento del gobierno de Figueres. El general Ramírez piloteaba el avión que aterrizaría en la zona del sur del país en el desembarco de Luperón. Miguel Ramírez hizo confesiones inéditas y relevantes sobre la participación de su padre en la expedición.

De manera que esta tertulia es una cantera de datos novedosos que nos permite entenderle como prelude de la grandes luchas que descabezaron la tiranía y presenta la sacrificada e inmensa lucha desplegada por don Juan Rodríguez, Horacio J. Ornes, Miguel A. Ramírez, Fernando

Spignolio, Fernando Suárez, Tulio Arvelo y otros grandes dominicanos en contra de la dictadura trujillista.

Estos grandes héroes, ignorados y olvidados, son merecedores de un especial reconocimiento en la historia de nuestro país.

ÁNGELA SOTO FRANCO



Tertulia: La expedición de Luperón

Doña Luisa de Peña:

—Bienvenidos a la Tertulia de la Resistencia. En este mes de junio dedicamos la tertulia a la Expedición de Luperón. Una expedición que ha sido poco tratada, poco exaltada. Organizada y dirigida por el general Juan Rodríguez García —Juancito— en contra del régimen dictatorial de Trujillo que originalmente iba a traer cinco aviones de los cuales solo uno arribó en Puerto Plata comandado por don Horacio Julio Ornes Coiscou.

Entiendo que la expedición de Luperón fue un prelude de la de Constanza, Maimón y Estero Hondo, puesto que algunos de los que iban a ser parte de Luperón lograron llegar al país, años más tarde, en junio de 1959.

Para el Museo de la Resistencia este tipo de actividad es muy importante porque tiene como objetivo recoger testimonios y opiniones con el fin de que sean conservados y sirvan de referencia para la posteridad. Las tertulias se inician con los testimonios de los expositores y más tarde el público participante se anima a contar lo que conocen del tema.

Es decir que el fin de estas tertulias es educativo, es recoger información de las viejas generaciones para transmitir las a las nuevas, haciendo honor a nuestro lema: “rescatar el pasado para aplicarlo en el presente en la construcción de un mejor futuro”.

Todas las tertulias que se originan aquí nosotros las grabamos en audio y video, se transcriben, se editan, las publicamos y proyectamos en las pantallas interactivas del Museo. Por eso, vamos a pedir a todos los que intervengan que se identifiquen dando su nombre a fin de que su participación sea debidamente documentada.

Finalmente quiero darle la bienvenida a nombre del Museo de la Resistencia a los expositores de la tertulia: el señor Manuel Andrés Brugal Kunhardt, el profesor José del Castillo y el señor Max Puig, quienes me acompañan en la mesa principal. La señora Ileana Ornes, hija del comandante Horacio Julio Ornes Coiscou, será la moderadora.

Agradecemos a todos su compañía y les pedimos por favor que participen después de las exposiciones.

Ileana Ornes Coiscou:

—Buenas tardes. Para mí tiene especial significación el honor de presentar a estos señores. Iniciaremos con Manuel Andrés Brugal Kunhardt, sobrino de Hugo José Kunhardt, quien murió en la expedición de Puerto Plata, en la que participó gente muy buena. Hugo era amigo de infancia de mi papá, marroteaban juntos en Puerto Plata. Narraba mi papá que escogieron Luperón como sitio de llegada de la expedición porque lo conocían muy bien y aunque mi padre vino muy joven a la capital en razón del divorcio de mis abuelos, siempre vacacionaba en la casa de Puerto Plata y se divertía un montón.

Entonces le cedo la palabra a Manuel Andrés para que hable del Frente Interno, quien está escribiendo una novela y tiene en sus manos muchísima información que desconocemos, gran parte de la cual le ha sido transmitida por doña Elvia Puig.

Manuel Andrés Brugal Kunhardt:

—Buenas tardes. La mayor parte de las cosas que voy a decir, como dijo Ileana, me las ha revelado doña Elvia porque su esposo José Augusto Puig Ortiz tenía el propósito de escribir un relato de la resistencia, donde narraría principalmente la experiencia del Frente de Liberación. En el mismo texto o apuntes que él redactó se nota su propósito de seguir escribiendo, porque esbozó puntos que desarrollaría después. Finalmente no logró hacerlo porque murió. También he recogido informaciones en el área, de personas de Puerto Plata que estuvieron ligadas al Frente o que conocían la historia de esa época.

Voy a dividir mi exposición en cinco puntos:

- a) La fundación del Frente Interno de Liberación, el contacto con el exilio en Puerto Rico y el internamiento de armas.
- b) La relación del Frente con grupos antitrujillistas de la capital.
- c) Los errores cometidos.
- d) La expedición de Luperón y el aniquilamiento del Frente.
- e) El ajusticiamiento de Antonio Jorge Estévez.

El Frente se comenzó a gestar en la Sociedad Recreativa y Cultural “Fe en el Porvenir” llamada por los puerto-

plateños como “La Fe”. Allí se reunían jóvenes que iban a jugar jacks, dominó, póker, quienes siempre sacaban un tiempo para irse a algún salón aparte y conversar sobre sus inquietudes, sus planes y también a escuchar la radio extranjera.

Quien ideó la constitución del Frente interno de Liberación fue Fernando Spignolio. Además, fue él quien tomó la iniciativa de reunir a parte de ese grupo y llevarlo a una playa, lugar que hoy es difícil de identificar, porque el Malecón pasa por ahí. Ese sitio se llamaba la playa del viejo Mejía. Ahí estuvieron siete de los fundadores del Frente: César Contín, Pablo Ricardo, César Borla, Luis Ortiz Salcedo, José Ramón Bordas Castellanos, José Augusto Puig Ortiz y Fernando Spignolio.

En esa playa se conversó sobre la necesidad de pasar de la teoría a la acción como única forma de derrocar a la dictadura de Trujillo. En esa reunión no se hizo nada formal, más bien convinieron en ese propósito. Fernando Spignolio les dijo que iba a hacer un viaje a Puerto Rico para procurar armas, pidió que cada uno contribuyera para el viaje y se reunieron 200 dólares.

Después de superar muchas dificultades, se consiguió el permiso de salida –porque a uno se le olvidan a veces cómo eran las cosas en la época de Trujillo–, ya que hasta para salir era un problema, se consiguió un certificado médico donde se decía que él tenía agotamiento físico y psicológico y por esa razón se autorizó su salida a Puerto Rico.

Estando en esa isla se reunió con miembros y dirigentes del exilio dominicano entre los cuales estaban Luis Páez, apodado Lulú; Dominguito Cuello y Rafael Ortiz Arzeno. Él fue con la idea de comunicarles que en Puerto

Plata se había constituido un frente, un grupo para servir de contraparte a cualquier propósito del exilio: realizar una expedición con el fin de derrocar a Trujillo, formar parte de cualquier acción insurreccional o atentar contra la vida del tirano.

Partiendo de los testimonios obtenidos, deducimos que Fernando Spignolio puso especial énfasis en la necesidad de que el exilio se uniera. Los dirigentes del exilio acordaron en ese momento que les iban a facilitar las armas y Fernando regresó a Puerto Plata muy contento por ese hecho. La reunión donde se constituyó el Frente fue en febrero de 1945, el viaje lo hizo en ese mismo año y las armas llegaron en 1946.

Quiero precisar que el Frente como tal vino a llamarse así, Frente Interno de Liberación, a finales de 1945 o principios de 1946. Este grupo surgió en realidad orientado hacia la acción, no hubo ningún manifiesto en ese momento. Después de cierto tiempo, se le dio la forma y se eligió una directiva. El presidente fue don Pedro Spignolio, padre de Fernando, un señor mayor que se escogió por sus relaciones sociales y políticas en el país, especialmente en la capital.

Durante largo tiempo don Pedro había sido secretario del arzobispo Meriño, cargo que desempeñó incluso cuando el arzobispo ocupó la Presidencia de la República. Don José Augusto Puig fue elegido secretario de la directiva y Fernando Spignolio vicepresidente ejecutivo.

El Frente tenía un sistema de protección para enrolar a otras personas. Se constituyó mediante células de tres miembros, la directiva tenía que aprobar cualquier ingreso, si no había una aprobación unánime no se podía ingresar en la agrupación.

Yo considero que el Frente tuvo un gran éxito en materia de conquista de miembros, puesto que en ese grupo llegó a estar representada toda la sociedad puertoplateña, había profesionales, obreros y campesinos; además tenía personas tanto de las zonas rurales como de las zonas urbanas de esa ciudad del Atlántico.

Puerto Plata siempre fue una provincia antitrujillista. Por ejemplo, los miembros del Frente que trabajaron en Cabo Francés llegaron incluso a descubrir las claves con las cuales el gobierno se comunicaba con la Comandancia Militar en Puerto Plata, además miembros del Frente Interno de Liberación laboraban en la compañía de teléfonos.

Cuando uno piensa en lo difícil que era la dictadura de Trujillo y lo cerrado que era el control militar existente, uno se da cuenta de que a pesar de tantas dificultades en Puerto Plata había un núcleo bastante numeroso de antitrujillistas.

Importante es resaltar la relación existente entre el Frente y los núcleos antitrujillistas de Santo Domingo. En la capital dominicana a raíz del fracaso de la liberalización que Trujillo propició para el ejercicio de la actividad política y de los ideales nacidos en los años 1946-1947 y al comprobarse que la liberalización era una farsa para congraciarse con los países occidentales que habían triunfado en la Segunda Guerra Mundial, un grupo decidió que el atentado personal contra el déspota era la única vía válida para poder derrocar la dictadura. A ellos se les llamó "el Grupo de los Cuatro" y estaba formado por Cristóbal Gómez Yangüela, Bienvenido Creales, Máximo López Molina y José Alonso Puig Ortiz, hermano de don Augusto Puig, conocido como Monchín.

De alguna manera ese grupo contactó con Fernando Spignolio, servía de enlace con la resistencia de la capital y

también enviaba informaciones sobre las cosas relevantes que sucedían en el país a los miembros del exilio.

Desde Puerto Plata, el Frente Interno de Liberación envió a la capital armamentos que eran trasportados en un camión por un chofer que luego Max mencionará. Con esas armas ellos planificaron un atentado contra Trujillo en el malecón de Santo Domingo, pero ese plan se aplazó a la espera de que la expedición de Cayo Confites llegara en cualquier momento. Dicho plan fue retomado después que Cayo Confites se suspendió. Más tarde se combinó con otro que estaban desarrollando Spignolio y Segundo Imbert Barrera en Puerto Plata, consistente en tomar la Fortaleza. Segundo era hermano de Antonio Imbert, jefe militar de Puerto Plata.

Luego ellos concibieron el secuestro de Segundo Imbert para así poder entrar a la Fortaleza de San Felipe. Detrás de ellos entrarían tres camiones con alrededor de 60 o 70 personas armadas. Esa cifra de hombres armados refleja la reciedumbre que en Puerto Plata tenía el Frente Interno de Liberación.

Don José Augusto Puig consideró que ese plan era temerario, ya que la idea era tomar la Fortaleza primero y que luego el grupo de la capital atentara contra la vida del dictador. Don José Augusto decidió venir a la capital para tratar de desactivar lo que se proponían, visitó la casa de doña Cristina Billini, habló con don Antinoe Fiallo y le dio su opinión sobre el riesgoso plan, quien estuvo de acuerdo en que debía de desestimarse y así se hizo.

Voy a exponerles los errores que a nuestro entender cometieron los miembros del Frente Interno de Liberación. Uno de los errores fue el uso en el tráfico de armas de un marino que hacía ese servicio no porque se consideraba

parte del Frente como lo hacía, por ejemplo, Félix La Hoz, sino que transportaba las armas por negocio. Llegó un momento en que este marino pidió más dinero, se le negó y entonces delató a Fernando Spignolio, quien fue apresado y traído aquí a la capital. Él negó todo, pero ese hecho fue como una sentencia de muerte para él. Posteriormente, el marino fue asesinado, pero Fernando Spignolio quedó marcado por el testimonio de aquel delator.

Se suponía que el Frente iba a actuar como complemento armado interno de la expedición de Luperón. Para eso se establecieron canales de comunicación que acordaron que ninguna primera información era verdadera y que solamente si la información era confirmada por segunda vez era cierta. Por ejemplo, si se decía “una cosa” tenía que decirse de nuevo “una cosa” para que pudiera ser dada como cierta.

Previo a la expedición de Luperón el señor Josecito Suárez, quien era el emisario que daría la información del desembarco, fue hecho preso y asesinado cuando regresaba de la capital hacia Puerto Plata. Por otro lado, aunque se sabía que el desembarco ocurriría un domingo no se conocía la fecha ni que sería en las cercanías de Puerto Plata. Estas son las razones por las que cuando llegó la expedición los miembros del Frente no tenían ninguna información.

Ahora nos preguntamos ¿por qué ocurrió eso y dónde acontece el segundo error? En este segundo caso el error fue cometido por el propio Fernando Spignolio. Ocurrió que a Puerto Plata llegó el señor Antonio Jorge Estévez, un veterano del Ejército Nacional, a dirigir la Hermandad de Veteranos, aunque su propósito era descubrir lo que ya se decía tras bastidores: que en Puerto Plata se estaban entregando armas.

Jorge Estévez buscó la forma de acercarse a Fernando Spignolio y lo hizo a través de la gallera, pues Fernando y muchos de sus amigos eran amantes de las peleas de gallos. Se fue acercando a él hasta que le ofreció apoyo militar, hombres y armas. Parece ser que en su desesperación por sentirse ya señalado, quizás en su limitación por no contar con gente experta en el manejo de armas o tal vez porque las armas no eran suficientes para una acción de envergadura, Spignolio accedió a revelar parte de la información desconociendo que este hombre era un agente al servicio de la dictadura. En el momento que se le comunica al “Grupo de los Cuatro” en la capital que el plan de atentar contra Trujillo y de tomar la fortaleza había sido descartado, recibieron una carta de Fernando Spignolio pidiéndoles que entregaran las armas a Antonio Jorge Estévez, quien luego fue directamente a donde Trujillo y le mostró las armas como prueba del trabajo que él había realizado. Esta delación ocurrió próximo a la llegada de los expedicionarios de Luperón. De manera que ya estaban listos para darle el golpe final al Frente Interno de Liberación. Dos miembros del “Grupo de los Cuatro”, Máximo López Molina y Bienvenido Creales fueron hechos presos y condenados. A López Molina creo que lo condenaron a 30 años.

El día del desembarco fue un día de desconcierto, nadie sabía qué hacer. Fernando Spignolio decidió ir a la casa de uno de los miembros del Frente en Puerto Plata, perteneciente al señor Fernando Suárez. La casa quedaba en las afueras de la ciudad y allí se había reunido un grupo de miembros del Frente esperando unos camiones que iban a llegar para ir en auxilio de los expedicionarios que venían por algún lugar cercano a Puerto Plata, pero que nadie conocía con certeza.

Al no saberse nada concretamente, los miembros del Frente se dispersaron, Spignolio y Suárez estaban dentro de un platanal dispuestos a morir, hasta que vino una patrulla militar y los asesinó. Esa noche hicieron presos a muchos hombres de Puerto Plata y el día siguiente fueron asesinadas doce personas entre los que se cuentan a Negro y Ramón Sarita, Pablo Morrobel, Miguel Polanco, Omar Diloné, Ramón Fernández, Luis Vásquez, Carlos Ramírez, Antonio y Fernando Inoa. Había tres hermanos de Carlos Ramírez, a quienes también fusilaron. A la viuda de Fernando Spignolio le ejecutaron un hermano y un tío, además de su esposo. Así terminó la historia del Frente Interno de Liberación de Puerto Plata.

Posteriormente, Antonio Jorge Estévez, orgulloso y quizás envanecido por lo que había logrado, aceptó ir en una misión a Puerto Rico que Trujillo mismo le ordenó, consistente en secuestrar y traer al país a Juancito Rodríguez, pero por una de esas indiscreciones de la vida, en Puerto Plata, parece ser que su mujer comentó que él iba a Puerto Rico; la información llegó a oídos de los miembros del Frente y ellos le comunicaron al exilio de Puerto Rico, a través de carta enviada con los marinos que viajaban por las islas del Caribe y tocaban Puerto Plata —que era el sistema de comunicación que usaban habitualmente—, que Jorge viajaría hacia allá y el exilio se preparó. Antonio Jorge hizo contacto con el señor Edmundo Taveras Rodríguez y el Dr.

Una señora no identificada:

—García Carrasco.

Manuel Andrés:

—Sí, Carrasco y otros más.

Entonces ellos querían tener contacto con Juancito Rodríguez y los exiliados le dijeron que sí, que cómo no, y le organizaron un viaje a Cuba. Jorge Estévez fue acompañado por el Dr. García Carrasco, donde lo capturaron y le dieron fin a su vida, lo ajusticiaron. Hay gente que dice que su cadáver fue lanzado al mar y otros afirman que fue enterrado en la Vía Blanca, una avenida de Cuba. El hecho es que ahí pagó su culpa.

El Frente Interno de Liberación fue una experiencia muy particular. Yo no creo que se haya visto otro igual en República Dominicana porque este fue un grupo armado creado en una provincia por gente joven que pudo articularse con el exilio dominicano, que trató de estar preparado para la abortada expedición de Cayo Confites y para la expedición de Luperón, que lamentablemente no pudo completarse, pero que además se relacionó con la resistencia interna de la capital.

Yo creo que los errores que se hayan cometido no son una razón para mantener en el olvido a una persona como Fernando Spignolio, quien junto a sus compañeros merecen un mejor lugar en la historia.

Ileana Ornes Coiscou:

—A continuación nos va a hablar José del Castillo, que desde hace unos años ha publicado varios artículos en *Diario Libre* sobre aspectos generales y organizativos de las expediciones de la década del 1940-1950. José nos va a hablar de lo que fue la expedición de Luperón, cómo fue planeada por los exiliados e incluso sobre Cayo Confites, así que los dejo con él.

Manuel Andrés Brugal:

—Antes de que comience José, hay un dato que se me olvidó mencionar y es que dentro de las personas con las que contactó el Frente Interno de Liberación en la capital estaba su tío Manuel Emilio Pichardo que, a su vez, era la persona que servía de enlace entre el Frente Interno y el exilio. Él viajaba con frecuencia por la profesión que tenía, además poseía un equipo de comunicación por radio. Es decir que él fue una persona clave para la comunicación del Frente Interno con el exilio.

José del Castillo:

—Yo quiero introducir el tema de la expedición de Luperón con los antecedentes que Manuel Andrés refería con mucha precisión sobre la articulación del Frente Interno de Liberación de Puerto Plata. Quiero precisarles lo que fue el proceso de apertura y de liberalización a mediados de la década de 1940 y luego ver la expedición de Luperón que yo le llamé, en uno de los artículos que Iliana citó, “La revancha del Cayo”, es decir, que Luperón no se entiende sin la conexión con Cayo Confites.

Todos ustedes saben que después del triunfo del grupo aliado en la Segunda Guerra Mundial, se produjo un reordenamiento en el mundo, se crearon nuevas instituciones: en San Francisco, las Naciones Unidas; en América, lo que era la vieja Unión Panamericana, luego de la Conferencia de Bogotá, en medio del famoso “Bogotazo”, en el que participó Fidel Castro estando allí como representante de la Federación de Estudiantes Cubanos, se transformó (la Unión Panamericana) en la Organización de Estados Americanos (OEA). Balaguer era el embajador en Colombia en ese momento. Este proceso de reordenamiento del sistema

mundial que incluye a las Naciones Unidas y la OEA y una serie de tratados y convenios como el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) que sería utilizado por primera vez en un evento importante para nosotros y para algunas de las personas que están en esta sala, en el intento de expedición desde Nicaragua hacia Costa Rica.

Con la apertura en Santo Domingo se crearon el Partido Socialista Popular y la Juventud Democrática, donde participaron muchos puertoplateños como Manolo Bordas y su hermano mayor Diego quien fue presidente de la Casa del Estudiante –siendo vicerrector de la Universidad Bonilla Atilas– junto a otros como George Arzeno Brugal, que figura en un record de miembros de la Juventud Democrática levantado a partir de la colección fotográfica que fue donada por Nabú Henríquez antes de fallecer, al Archivo General de la Nación, en la que aparecen prácticamente todos los miembros fichados de la Juventud Democrática.

Pero antes de que se fundaran los partidos abiertamente establecidos, el Partido Socialista Popular y Juventud Democrática –con orientación juvenil y apoyo universitario–, se había creado en las oficinas de mi padre, a pocas cuadras de este museo, en el Arquillo de los Curas, donde estuvo la librería Paz, de Villa Verde, y donde hoy está el Clúster de la Ciudad de Santo Domingo, el Partido Revolucionario Dominicano Democrático, una organización en la clandestinidad. Se hizo un día muy peculiar, justo el 27 de febrero de 1944, cuando se conmemoraba el centenario de la fundación de la República, con Rafael Leónidas Trujillo en la Catedral asistiendo a una homilía por ese motivo. Fue un congreso muy diferente, como me lo contó Chito Henríquez, que participó. Esa oficina tenía, yo las vi muy bien, tres puertas: una que comunicaba la oficina con el Callejón

de los Curas, otra que conectaba con la Isabel la Católica y la otra hacia la Arzobispo Meriño. La oficina permaneció abierta y ellos realizaban su sesión con los delegados entrando y saliendo dando la expresión de normalidad.

Ese partido fue precedente del Partido Socialista Popular, pues muchos de los integrantes de esa agrupación luego formaron parte del PSP, otros no. Aquí operó una organización que fue la resistencia, donde estuvo participando la familia Fiallo; mi padre y su familia estaban vinculados a ese tipo de estructura porque desconfiaban de Trujillo, su cuñado, el doctor Mané Pichardo, sabía de las garantías ofrecidas por el tirano, pero ellos nunca le creyeron, ni salieron a la luz pública. Era una estructura muy amplia de profesionales y empresarios y mi tío Jesús del Castillo, quien era de menor rango en la organización que don Juancito Rodríguez, con quien estuvo en una reunión muy importante, que se hizo justo antes de que Juancito abandonara el país y en la cual también participaron empresarios y gentes de hacienda.

Mi tío Jesús del Castillo fue secuestrado y asesinado saliendo de la oficina de mi padre, en noviembre de 1949. Ya mi padre había sido eliminado, se le debió haber practicado una operación sumamente polémica, el médico que actuó, un cirujano muy reputado en ese momento, se negó, a pesar de la insistencia de una junta médica y mi padre, Francisco del Castillo, se desangró ese día. Parece que el médico fue premiado porque fue enviado a Francia.

Todos los miembros masculinos de la familia Castillo Rodríguez desaparecieron, fueron secuestrados y eliminados físicamente como en el caso de mis tíos Jesús y Fernando del Castillo. Posteriormente sus empresas, sus fincas y minas fueron tomadas por la familia Trujillo.

Tío Jesús viajó tres veces a Cuba, se entrevistó con Juancito, con Chito Henríquez, con Enriquillo Henríquez (padre de Chito) y con otros líderes del exilio, como Juan Bosch; viajó a México justo en 1949, antes de la expedición. Estuvo cenando en la Embajada dominicana, dirigida por Joaquín Balaguer, quien tenía relaciones de amistad con mi familia y decía sentir admiración por Luis Conrado del Castillo como orador y figura pública y por mi abuela, que era educadora.

Balaguer jugó un papel muy importante en el proceso de Luperón. Además, mi tío estuvo en Nueva York y en Puerto Rico, o sea, fue una persona que por sus condiciones de hombre de empresas, tenía las facilidades de viajar.

Tío Jesús se reunía diariamente con mi padre y con mi tío Mané Pichardo Saba en una habitación de su casa, que aun existe, a conspirar desde mucho tiempo atrás. Fuera de este aspecto de orden familiar, “la apertura democrática que fingía el tirano” fue suprimida con el inicio de la Guerra Fría y el cambio de prioridades estadounidenses. El Departamento de Estado suprimió de sus cargos a las figuras importantes que estuvieron promoviendo la democratización en la región y los delegó a otras posiciones. El propio ex embajador Briggs, un embajador antitrujillista que fue uno de los factores de alianza de los exiliados en los planes de Cayo Confites, fue removido por Nelson Rockefeller, del Departamento de Estado, y enviado como embajador a Uruguay.

Así mismo, el embajador, encargado de asuntos latinoamericanos, Braden, que fue un factor muy activo en estos procesos, también fue excluido por el Departamento de Estado. Un sector más conservador de línea anticomunista fuerte, entró a dirigir la política de la región y las

orientaciones de democratización y apertura de estos gobiernos cambiaron a otras prioridades que tenían que ver con la política de Truman, como los conflictos en Grecia, Turquía, Berlín y posteriormente, en 1952, con la guerra de Corea; o sea, que de lo que se trataba era de impedir el avance del comunismo, que se entendía era un peligro mayor para el mundo.

En cierto modo, el año 1947 se constituyó en un buen año para Trujillo, pues se cierra –con la anuencia norteamericana– el capítulo de la apertura. Por esta razón, pudo eliminar la oposición interna representada por la Juventud Democrática y el PSP y colocarse en la cresta de la política anticomunista. Igualmente en ese año el régimen logró abortar el único proyecto expedicionario que, para mí, contaba con verdaderas posibilidades de derrocar a Trujillo, que fue Cayo Confites. ¿Por qué digo esto? Trujillo todavía no había logrado articular unas fuerzas armadas poderosas y modernas porque estaba afectado por un embargo que implicaba la prohibición de ventas de armas por parte de Estados Unidos. Tampoco tenía una aviación bien constituida.

Lo que hizo Juancito Rodríguez desde el exterior del país –inicialmente con sus propios recursos y luego con el apoyo muy generoso dado por el gobierno cubano a través de José Manuel Alemán, ministro de Educación y padre del economista y sacerdote José Luis Alemán–, fue financiar la operación expedicionaria de Cayo Confites.

Un congreso de unidad del exilio dominicano que se constituyó con una junta de notables encabezada por el profesor Juan Bosch, Juan Isidro Jimenes Grullón, Ángel Morales, Ramón de Lara y el Dr. Leovigildo Cuello designó a Juancito Rodríguez como figura central encargado de la estrategia militar.

La expedición fue apoyada activamente por el movimiento revolucionario cubano, como el MSR de Masferrer, el Partido Socialista Revolucionario, el Movimiento de Eufemio Fernández, un médico que dio un apoyo sistemático a los proyectos expedicionarios en contra de Trujillo. También, por ejemplo, algunos grupos del Partido Revolucionario Cubano, que respaldaron la causa dominicana y debo mencionar a Manolo Castro, quien fue el alma del Cayo en Cuba, líder de la Federación de Estudiantes Universitarios y director de Deportes en esos momentos.

Ellos lograron articular una fuerza de más de mil quinientos expedicionarios, junto a otras facilidades, entre ellas más de 19 aviones que fueron adquiridos cuando gobernaba Rómulo Betancourt en Venezuela; Lescot, gobernante haitiano, donó 25,000 dólares, con los que compraron aviones y otros pertrechos para la lucha armada; mapas y esquemas regionales se facilitaron con la anuencia del presidente cubano Grau de San Martín y luego con el presidente Carlos Prío Socarrás, que tenía una conexión directa con el exilio dominicano a través de Bosch, quien era su asesor personal, y de otras figuras influyentes como Cotubanamá Henríquez, su cuñado, y representante, con oficina en el Palacio de gobierno, y René Fiallo, otro dominicano con presencia en la política cubana, situado en el entramado de ese grupo en el poder.

Juancito logró nuclear unas fuerzas expedicionarias integradas por gente con experiencia en materia militar, tanto de la Guerra Civil española como de la Segunda Guerra Mundial. Federico Henríquez (Gugú), por ejemplo, antes de ser comandante había estado 18 meses en la Marina norteamericana participando en la guerra del Pacífico; Masferrer tenía la experiencia de la Guerra Civil española,

militares de carrera como el hondureño Rivas Almonte y otros pasaron a comandar las diferentes brigadas que se establecieron en el proyecto del Cayo.

La expedición de Cayo Confites fracasó por una confluencia de factores, entre los que se encuentra el cambio en la política y las prioridades de Estados Unidos cuando se inició la Guerra Fría, coyuntura que ocurrió justo en el momento en que se montaba la operación del Cayo y que afectó dramáticamente el proyecto, además de una complacencia norteamericana y un dejar de hacer las cosas que debían de hacerse. Todos estos elementos fueron creando una actitud de preocupación y de presión sobre las autoridades cubanas, por ejemplo, sobre el presidente Grau y el jefe del Ejército cubano Genovevo Pérez Damera, que nunca participó en la operación.

Tuvimos el apoyo de los oficiales de la armada cubana y de todo el tinglado político al que hice referencia, pero nunca del jefe del Ejército, quien fue llamado a Washington a consultar con los jefes del Pentágono, ocasión que aprovechó Trujillo, que había estado presionando también porque contaba con información de inteligencia de lo que estaba sucediendo en Cuba.

Muchas personas conocían la preparación de la expedición de Cayo Confites porque era una operación muy abierta. El hotel San Luis, de Cruz Alonso, se utilizaba como oficina de reclutamiento, se dispuso inicialmente de la finca del ministro Alemán como campo de entrenamiento y luego el Cayo para darle un carácter más efectivo. Todo el mundo sabía que había un proyecto masivo. Fidel Castro se presentó voluntariamente y fue reclutado así como otros jóvenes y revolucionarios cubanos y centroamericanos.

Se creó una fuerza multinacional que llegó a reunir, repito, a mil quinientos expedicionarios. La estrategia que tenían era la misma de Normandía, o sea, un ataque masivo en las costas dominicanas con bombardeos, paracaidismo y con desembarco a través de unidades navales; se había constituido una fuerza superior en cantidad, en calidad y en modernidad a los armamentos con los que podía ofrecer resistencia el régimen de Trujillo.

También factores políticos internacionales y locales cubanos incidieron en que la expedición abortara. Genovevo Pérez, jefe del ejercito, fue sobornado, esto quedó confirmado cuando luego de colapsada la expedición le dijo a Juan Bosch en una playa que se encontraron: “Bueno chico, yo les salvé la vida a ustedes porque finalmente Trujillo [los] estaba esperando y los iba a liquidar a todos”. Evidentemente, recibió un dinero a través de un funcionario diplomático dominicano, el Sr. Manuel de Moya Alonso, que en esta operación canalizaba recursos y tenía acceso a cuentas de Trujillo en Estados Unidos. De manera que se habló de una suma de medio millón de dólares por el soborno.

El Sr. De Moya fue retirado más tarde por el presidente Carlos Prío Socarrás porque estaba en combinación abierta con Trujillo y se había convertido en una amenaza para la estabilidad del gobernante cubano.

El otro factor desencadenante de la liquidación de Cayo Confites radica en la política doméstica cubana de aquel momento, ya que en Cuba existía una serie de organizaciones revolucionarias que habían protagonizado confrontaciones públicas en La Habana, hasta que sucedió un hecho que conmovió a la sociedad cubana, en el cual se tuvieron que movilizar tanques para detener una balacera

y se llegó a presentar el Cayo como una amenaza para la estabilidad del gobierno cubano.

Don Juancito fue un hombre tenaz, insistente, con méritos enormes, no reconocido suficientemente en nuestro país; encabezó un Consejo Superior de la Revolución Centroamericana y del Caribe e integró a figuras como Pepe Figueres, costarricense que estaba exiliado en México, a los Argüello y los Chamorro, nicaragüenses exiliados también, con el objetivo de que ese consejo desarrollara un plan para eliminar las dictaduras existentes en la región, con Arévalo como testigo de honor y árbitro de los jefes.

La primera operación que se realizó fue en Costa Rica en la que participaron figuras destacadas que venían del Cayo, como el coronel Ramírez Alcántara y el mayor Horacio Julio Ornes Coiscou, entre otros. Ambos lograron esos rangos en la llamada Revolución de Costa Rica, que colocó a Figueres en el poder con el apoyo desde Guatemala de las armas dominicanas y de contingentes experimentados también asesorados por oficiales que habían estado en el Ejército republicano español, que fueron contratados como asesores para esa operación en Costa Rica.

Esta expedición fue exitosa porque le siguió un gobierno revolucionario encabezado por don Pepe Figueres, quien rompió las relaciones con República Dominicana en reciprocidad por la ayuda recibida de los exiliados dominicanos. Don Pepe actuó como canciller y jefe de la Junta Revolucionaria que tomó una serie de medidas avanzadas y revolucionarias, mediante decretos de ley como la nacionalización de la banca, creó el Instituto Costarricense de Electricidad, la Oficina de Café, se establecieron los derechos sociales y anuló el Ejército, entre otras.

El segundo objetivo era derrocar a Somoza, pero quienes habían perdido la Revolución, que costó más de dos mil vidas en Costa Rica, se refugiaron en Nicaragua y se adentraron en una finca del propio Figueres, quien tuvo que salir de Costa Rica porque Somoza se adelantó y armó una fuerza con los propios costarricenses derrotados para invadir por el norte a Costa Rica. Don Pepe se resistió a que la fuerza expedicionaria extranjera, que estaba todavía asentada en el territorio costarricense, tomara parte en el conflicto e invocó el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) y fue la primera operación de paz de la naciente OEA en el hemisferio. Terminó la invasión y se firmó un acuerdo de paz entre Nicaragua y Costa Rica que incluía la salida de esas fuerzas expedicionarias del territorio costarricense.

Por eso me decían algunos exiliados que trataron muy de cerca a don Juancito que él decía íntimamente, no públicamente, refiriéndose a Figueres: “El mierdita ese nos tomó las armas y nos traicionó después”. Una expresión por lo que había sucedido, no solo con Costa Rica, sino también en Cuba con la Revolución y la expedición de 1959, por los principios de sobrevivencia, las revoluciones triunfantes que en su esfuerzo de solidaridad y de internacionalismo tienen, en un momento dado, que sacrificar esos proyectos para consolidar el propio poder alcanzado frente a un contexto internacional adverso.

Esas armas que se utilizaron en Cayo Confites, en parte por el exilio cubano, se quedaron en Cuba al igual que la mayoría de los aviones, con lo cual se reforzó la aviación cubana. El hecho más importante antes de la Revolución de Fidel Castro es precisamente la confiscación de los aviones que habían adquirido los dominicanos y los cubanos

que estaban apoyando la operación de Cayo Confites, así como, las lanchas Pipi Pou y los otros pertrechos que se confiscaron, unos 25 camiones de armas, bombas y otros pertrechos que fueron sacados de la finca de José Manuel Alemán cuando abortó Cayo Confites.

Don Juancito Rodríguez tomó nota de las lecciones de Cayo Confites e inició su próximo proyecto con el pretexto de que existía una amenaza contra la estabilidad del gobierno de Juan José Arévalo, a través de Cruz Alonso, su enviado, pudo adquirir una gran cantidad de fusiles automáticos que producía la industria de armas de Argentina bajo el gobierno del entonces coronel Perón. Mientras, en el mercado de armas de Estados Unidos se adquirirían aviones y otro tipo de armamentos.

De suerte que había una conexión directa y especial entre Arévalo y don Juancito Rodríguez, quien financió la compra de esas armas y logró que Arévalo lo aceptara allá. Guatemala se constituyó en una base para relanzar sus operaciones revolucionarias.

Parte de las armas que se utilizaron en Costa Rica retornaron a Guatemala y fue parte del arsenal que se tomó en cuenta para el nuevo plan de don Juancito Rodríguez. ¿En qué consistió eso? Ya el general no confiaba en lo que había sido la experiencia previa del Cayo, donde la disidencia entre los líderes, tanto del exilio dominicano como de los cubanos, había hecho abortar parte del proyecto. Entonces él decidió hacer un proyecto totalmente diferente, estratégicamente hablando. Ya no contaba con los mismos recursos ni con la cercanía y otras facilidades que le brindaba Cuba, tampoco con la fuerza masiva con la que contó para la expedición de Cayo Confites.

Como una consecuencia de la experiencia de Costa Rica fue que el general Rodríguez entendió que una fuerza bien equipada, con veteranos, es decir hombres con experiencia de guerra en los diferentes escenarios donde habían participado, podría desarrollar una operación aérea de desembarco de tropas de elite sumando a los jóvenes miembros del Frente Interno. Por esa razón reclutó a Eufemio Fernández y otros republicanos de la Guerra Civil española, así como a militares de carrera nicaragüenses y hondureños.

Pero este esquema, como todo en la vida, tuvo algunos errores. En un texto del teniente coronel Alberto Bayo titulado Tormenta en el Caribe se refiere la experiencia tanto de Cayo Confites como la de Luperón. Bayo fue contratado por don Juancito para asesorarle en la adquisición de los aviones; logró comprar un avión, pero le fue removida su asignación de asesor por despertar sospechas en el general Rodríguez, que en su lugar designó a un republicano español junto a su hijo José Horacio Rodríguez, quienes eran de su confianza. Con ellos estableció en México una compañía aérea para la compra de aviones y disimular la operación.

En México se logró el apoyo de determinadas autoridades por las gestiones realizadas por el delegado del proyecto de la Revolución dominicana en ese país, el señor José Antonio Bonilla Atilés, ex vicerrector de la Universidad de Santo Domingo que había facilitado y participado en el llamado proceso de democratización con la creación de la Casa del Estudiante y quien cayó en desgracia a pesar de haber sido el sastre que hizo el traje con el que Trujillo se juramentó como presidente en 1930. Paradojas de la vida. En una encuesta que se hizo como parte de las elecciones

de 1947 –lo relatado ocurrió en 1946– de cara a lo que era un movimiento reeleccionista, siendo vicerrector, él dijo que “en el país existían otros dominicanos presidenciables aparte de Trujillo”.

A partir de ese momento se inició su desgracia y la de su familia vinculada al movimiento de resistencia: hablamos de Carmen Natalia Martínez Bonilla, José Polanco Martínez Bonilla y los Bonilla en general. Finalmente, Bonilla Atilés se asiló en la embajada de México y logró conexiones muy importantes con el gobierno de don Miguel Alemán y con personas vinculadas al antiguo presidente el general Lázaro Cárdenas, que le dio apoyo a los exiliados republicanos españoles, un hombre que respaldó las causas revolucionarias desde México hasta donde le fue posible.

La idea original era enviar varios aviones que tocarían a República Dominicana por diferentes localidades, cada uno encabezado por un líder local. El hidroavión “Catalina”, que arribó por Luperón, fue recibido y comandado por Horacio Julio Ornes. El coronel Ramírez Alcántara recibió su avión con instrucciones de aterrizar por San Juan de la Maguana, su zona de influencia, donde tenía familia muy numerosa e influyente: los Ramírez y los Alcántara. El otro avión, que estaba encabezado por don Juancito Rodríguez, iba a aterrizar en La Vega.

Finalmente se habían conseguido cinco aviones, pero dos de ellos desertaron, guiados por pilotos mercenarios que habían sido contratados solo por remuneración económica, lo que suele suceder en estos eventos cuando no existen compromisos ideológicos. Solo llegó el hidroavión “Catalina”, del Gral. Horacio Julio Ornes, con una verdadera fuerza multinacional: siete dominicanos del grupo de

doce expedicionarios, tres nicaragüenses y un costarricense, más la tripulación de tres norteamericanos.

En conjunto debió llegar un contingente importante de dominicanos y extranjeros, incluyendo todos los jefes regionales dominicanos con la idea de ser respaldados por el Frente Interno de Puerto Plata.

Es importante señalar que el nombre Frente Interno era genérico, era la resistencia dominicana para estos proyectos expedicionarios, al margen de la organización que le dio origen, es decir que para el exilio el Frente Interno era la resistencia interna en República Dominicana.

En estas cosas siempre se sueltan muchos cabos y un cabo importante se llamó Alberto Bayo. Yo estoy revelando esto porque tengo el testimonio directo de una persona que estuvo ahí. El señor Alberto Bayo quedó muy disgustado con don Juancito Rodríguez, pues él quería participar en la expedición y don Juancito lo apartó totalmente a él y a su hijo, que era piloto. Frente a esta situación, el señor Bayo se trasladó a México, donde vivía, allí era profesor de aviación e hizo contacto, a través de un emisario, con la Embajada dominicana para vender a Trujillo los planes expedicionarios que él conocía.

Esa operación se verificó con Joaquín Balaguer como embajador, un hombre protegido de Anselmo Paulino Álvarez, efectivo y eficaz brazo derecho del sátrapa, con quien Balaguer se comunicó y que fue a México para conversar con Bayo. Paulino Álvarez viajó con el piloto Bayo a Santo Domingo con el objetivo de denunciar los planes a Trujillo, allí llegaron una semana antes de la expedición; este no solo vendió la información, sino también un plan de contingencia tendente a desinformar a los grupos locales sobre la ubicación del aterrizaje y de ese modo romper las

posibilidades de contacto entre las fuerzas expedicionarias y el Frente Interno.

Balaguer, evidentemente, se movió en México porque no es fortuito el hecho de que el avión en que venía el coronel Ramírez Alcántara no completara la ruta. El único que no requería de reabastecimiento era el hidroavión “Catalina”, que salió de cabo Izabal, Guatemala.

Los otros aviones requerían reabastecimiento. El del general Ramírez Alcántara aterrizó en la isla turística Cozumel, donde hay una base de la Fuerza Aérea mexicana. La conexión para reabastecer de combustible sin que sus ocupantes salieran y evidenciaran sus uniformes estaba hecha; sin embargo, los expedicionarios de ese grupo fueron hechos prisioneros. El otro grupo, en el que venía don Juancito, tuvo que aterrizar en la península de Yucatán por las condiciones atmosféricas, se presentó un mal tiempo. De manera que todos ellos fueron hechos presos.

Juan Bosch, que era el delegado de la Revolución en Cuba, se trasladó inmediatamente a México, donde las autoridades aeroportuarias le dieron un tratamiento indulgente. Bosch tuvo la astucia de decir al oficial de migración que retuvo al grupo en Mérida que “eran gentes que parece buscaban trabajo, se equivocaron y entraron a territorio mexicano”. Eso fue un arreglo político por gestión de Bosch y de Bonilla Atilés.

A instancias de Balaguer, el régimen de Trujillo había logrado la cooperación de las autoridades mexicanas a través del ex presidente don Emilio Cortes Gil, quien era el dueño de la residencia del embajador Balaguer —donde estaba ubicada la Embajada dominicana—; o sea, Cortes Gil era un hombre conectado con Trujillo, de quien recibía dinero y que jugó un papel muy importante en estas relaciones,

tanto así que fue el canal más efectivo para hacer abortar desde México el proyecto revolucionario.

La parte más trágica de todo el proceso de la expedición es narrada en el libro *El desembarco de Luperón*, de Horacio Julio Ornes, prologado por Arévalo. Quien lo ha leído encuentra en sus páginas una especie de fábula y no una historia real. Dice el autor que al llegar estaba anocheciendo en el pueblo de Luperón, gran parte de la población participaba en una retreta que se ofrecía en el parque, el hidroavión dio varias vueltas, los compueblanos veían acuatizando un hidroavión, por primera vez, en la bahía de Luperón. Era como el hielo llegando a Macondo traído por los gitanos. El pueblo entero, excepto la banda de música, se trasladó al embarcadero de Luperón para ver aquel artefacto sobre el agua. Los expedicionarios fueron recibidos con algarabía, las autoridades creían que era una delegación oficial de la capital, les brindaron cooperación y les ayudaron a desembarcar sus pertrechos.

Habían acordado que después de acuatizar se organizarían las fuerzas en tierra, pero eso cambió como consecuencia de la ausencia de las otras aeronaves que debían llegar con armamentos y los demás guerrilleros; el mismo hidroavión "Catalina" tuvo que deshacerse de una parte de los armamentos por las dificultades que tuvo al despegar por el exceso de peso que llevaba.

Tanto Tulio Arvelo como Horacio Ornes narran en sus obras literarias estos episodios. Dicen que cuando llegaron a Puerto Plata estaban siendo auxiliados por las autoridades y que el público admirado les ayudó a colocar el cable para atar el hidroavión en el embarcadero. A alguien se le ocurrió decir "¡Que viva Trujillo!", a lo que uno de los guerrilleros respondió: "¡Ja, ja, abajo Trujillo!". Ahí fue

cuando las personas que estaban allí se dieron cuenta que se trataba de un grupo expedicionario, no de una fuerza regular del Ejército dominicano.

Dice Tulio en su libro que hubo gente que se tiró hasta el agua a nadar, imagínense ustedes decir en un pueblo ¡Abajo Trujillo! A partir de ese momento es que se producen los primeros incidentes. Por ejemplo, desarmaron a un cabo de la policía que estaba dándoles apoyo. La confusión era tal que cuando Horacio Julio dijo: “Vamos a desarmar a las autoridades”, el cabo dijo: “Sí, déjeme ir a buscar al juez para levantar una acta” porque creía que Horacio era una autoridad de la capital o que esa operación se trataba de otra de las que Trujillo realizaba para destituir a algún funcionario. Horacio Julio desarmó al cabo, de manera que, en ese momento se inició la operación militar.

Una situación confusa se produjo entre Kunhardt, que padecía de ceguera, y otro de los expedicionarios, cuando en medio de la penumbra se intercambiaron varios disparos, produciéndose las primeras dos bajas, ya que uno murió y el otro quedó herido.

Horacio Julio buscaba ubicar su base de operaciones en un punto equidistante entre el pueblo y el embarcadero; mientras tanto, envió una avanzada encabezada por Gugú Henríquez para tomar los puntos estratégicos del pueblo. En el parque fue lanzada una granada que estalló e hirió levemente al director de la banda musical; su hermano, que era el encargado de la planta eléctrica, la apagó dejando a oscuras a toda la comunidad. En ese momento hubo intercambios de disparos desde diversos puntos. Un militar de apellido Puente —con rango de primer teniente—, que estaba fuera de servicio, logró armarse y operó como francotirador.

Finalmente, Gugú Henríquez volvió al puesto de mando de Horacio Julio y le dijo que era difícil con tan pocos expedicionarios mantener posiciones estratégicas en el pueblo.

Horacio Julio y los demás evaluaron la situación: no había comunicación con los otros dos grupos que habían salido; suponían que ya, a esa hora, las autoridades de la capital tenían que haberse enterado del desembarco y además tenían varios heridos. Por esas razones decidieron que lo más prudente era abandonar la operación para tratar de llegar a Haití o Santiago de Cuba de forma que pudiesen dar asistencia a los heridos. En consecuencia, abordaron el hidroavión “Catalina” con parte de los equipos que habían traído, con tan mala suerte de que –por haber sido intencionalmente mal informados– tomaron un canal equivocado para salir de la bahía y cuando trataban de alzar el vuelo, el hidroavión cayó en un arenal.

Ellos se bajaron, trataron de levantarlo, pero fue inútil. En esos momentos llegó un avión que, de acuerdo con Horacio Julio, era de la Embajada norteamericana en Haití que los enfocó, hizo varios vuelos rasantes sobre ellos, pero se marchó. Luego llegó la fragata –embarcación dominicana que hacía servicios de guardacostas– aproximadamente a las nueve de la noche, que enfocó al hidroavión y le disparó con su antiaérea causando la explosión de los tanques de gasolina. Murieron calcinados los que aún estaban dentro del “Catalina”: Hugo Kunhardt, el nicaragüense Alberto Ramírez, el costarricense Alfonso Leiton y Salvador Reyes.

Otros lograron escapar, entre ellos Horacio Julio Ornes, Tulio H. Arvelo, Gugú Henríquez, los hermanos Martínez Bonilla, los tres norteamericanos, Alejandro Selva, [Miguel

Ángel] Miguelucho Feliú Arzeno, Manuel Calderón y otros más.

Trujillo contrató a un experto en rastreo, con dos perros entrenados y capturaron a los tres norteamericanos que pertenecían al contingente de Alejandro Selva. El otro grupo, que en algún momento se desvinculó, fue el de Gugú, que fue también capturado y asesinado.

De este modo Rafael L. Trujillo consiguió lo que necesitaba para presentarlo ante la OEA: las pruebas fehacientes de la complicidad de Guatemala, Cuba y Costa Rica en esa operación expedicionaria en contra de su gobierno. Pidió además condenar lo que ellos empezaron a llamar el filibusterismo en el Caribe.

Por otro lado, el tirano montó en el país un espectáculo con Horacio Julio Ornes, a quien obligó a hablar en un mitin que se realizó en el Parque Central de Santiago. Luego Horacio fue entrevistado por la radioemisora “La Voz de la Reelección”, que se retransmitió por “La Voz Dominicana”.

Anselmo Paulino llamó a Ornes, preso en la Fortaleza Ozama, para que se entrevistara con su hermano Germán Emilio, que era jefe de redacción y director en funciones del diario El Caribe en una famosa entrevista: Ornes entrevista a Ornes. Dicen que esa entrevista salvó la vida a Horacio Julio y al resto del grupo porque le dio una enorme proyección internacional.

Ya en la parte personal, mi tío Manuel Andrés del Castillo era el jefe de comunicaciones del Frente Interno.

Tío Mané era médico de Salud Pública, estudió en los años cuarenta en el John Hawkins, en la Escuela de Salud Pública de Baltimore; fue de los beneficiados de las “Becas de Buena Voluntad” otorgadas por el gobierno estadounidense en el período del presidente Roosevelt. Mané fue

entrenado en Puerto Rico, un hombre con unas conexiones muy directas con los norteamericanos; trabajó en el Hospital Internacional, también tuvo un laboratorio en Santiago de los Caballeros y fue un antitrujillista toda su vida.

Mané fue un hombre de mucha creatividad. Entre las cosas que hizo en su vida fue una tinta invisible para tener conexión secreta desde aquí con Tulio Arvelo cuando estaba en Puerto Rico, quien se convirtió allí en una especie de buzón, como aquí un buzón importante fue la Farmacia Mella. Mi tío era encargado de comunicaciones de lo que se denominaba Frente Interno, que no solo incluía al de Puerto Plata sino también los movimientos de la capital y otras ciudades del interior del país.

Tulio y tío Mané regresaron al país en 1964. Más tarde, cuando retorné de Chile, al inicio de los años 70, reinicié mis relaciones con Tulio, quien escribía en el diario vespertino *El Nacional* y en la revista *Ahora*. En una ocasión ambos fuimos donde mi tío Mané, él quería que mi tío le diera la autorización para publicar las actividades en las que estuvo involucrado. Mané le dijo, delante de mí, que no.

Recuerdo que en la casa de mi abuela, en San Carlos, lugar donde siendo un niño, en plena era de Trujillo, al subirme al cielorrasso, descubrí un radio trasmisor de esos que usaban los norteamericanos y un saco lleno de armas. Cuando yo le dije a mi abuela lo que había encontrado, ella, que era blanca, se puso más blanca y me dijo: “Cheché” —como me decía— “tú no puedes decirle a nadie, ni a tu mamá, ni a tu hermana, ni a tus amigos lo que tu encontraste, eso es de Mané”.

Tío Mané ya había estado en el exilio, como oficial de la Organización Mundial de la Salud en Centroamérica, México y en otros lugares de América Latina. Mi abuela

continuó replicándome que “tú no puedes hablar de eso con nadie”. Ese equipo de transmisión lo operaba mi tío con un radiólogo, el doctor Mañón, que era de los encargados de ese equipo de comunicaciones; aparte tenían los mensajes, los buzones y la tinta invisible.

Manú era un primo hermano mío, quien era como hermano de mi primo César Piantini del Castillo, que fue secretario de Trujillo, razón por la que muchas informaciones importantes pasaron por vía de mi papá al Frente Interno utilizando a ese hombre de Palacio. La misión de Antonio Jorge pasó por manos de mi tío, él advirtió de lo que se trataba: era de un viaje que se haría hacia Puerto Rico. Lo que acordaron en el exilio se derivó de esa información –como dijo Manuel Andrés Brugal–: llevar a Jorge hasta La Habana con el supuesto objetivo de entrar en contacto con el liderazgo de la Revolución. Allí fue apresado por Eufemio Fernández y su equipo, interrogado y liquidado.

Como me informó don Chito Henríquez y otros exiliados, “lo metieron en unos tanques de cemento junto a otros y los tiraron a la bahía de La Habana para que se hundieran”.

Tío Mané era subsecretario de Salud Pública y lo fue hasta que murió. Trabajó en nutrición y epidemiología, áreas en las cuales hizo especialidad. A raíz de su deceso, Tulio Arvelo publicó dos columnas en su memoria, una en la desaparecida revista *Ahora y otra* en el periódico *El Nacional*. En uno de esos trabajos él hacía la descripción de que “Similian” era el código secreto de mi tío y el de mi padre era “Chiguagua”, claves para nombrarse que ellos utilizaban en estas organizaciones clandestinas.

Gran parte de ese material existente del Frente Interno lo posee José Antinoe Fiallo. Don Viriato Alberto Fiallo me lo

ofreció en 1981, una vez que fuimos a visitarlo. Don Viriato me dijo: “José, yo tengo ahí el archivo del Frente Interno en un armario, y yo quiero que tú te lo lleves”, pero yo venía de haber estado seis meses en Estados Unidos, en las ciudades de Washington, New York y Pittsburgh haciendo trabajos de investigación, y tenía como tres o cuatro archivos llenos de documentos que había fotocopiado. Por esa razón le dije: “Don Viriato, yo no puedo ocuparme de eso”. A José Antinoe, que es su hijo, desde hace ya varias décadas le he venido insistiendo en el sentido de que ese material debe ser puesto al servicio de este tipo de causa.

Debemos sacar de las cajas y los armarios los documentos, porque ¡caramba!, si nosotros que ya tenemos sesenta y tantos años y somos los hijos de esa gente que luchó, fue atropellada y permanece en el olvido, podríamos ser más consecuentes entregando los documentos. En fin, si nosotros no hacemos lo que debemos hacer, ¿quién lo va hacer?

Muchas gracias.

Ileana Ornes Coiscou:

—Gracias a José del Castillo por su importante participación. A continuación les dejo con Max Puig.

Max Puig:

—Muchas gracias. Cuando se planteó la realización de este conversatorio invitaron a mi madre doña Cucha Vda. Puig para que participara, con muchísima razón, por el hecho de que ella es de las personas que vivieron parte de estos acontecimientos de manera directa. Mi madre está muy activa, pero ya tiene ochenta y ocho años, y aunque deseos no le faltan para estar presente, me puse de acuerdo con Luisa y con Ileana de que le iba a pedir que redactara

un testimonio y quisiera dedicárselo a nombre de ella a todo el país. Le sugerí que limitará su exposición a un hecho en particular y ella escogió como tema “La introducción de armas por Puerto Plata”. A continuación les leo lo que ella escribió:

El terremoto del 4 de agosto del año 1946 produjo un maremoto que hizo mucho daño en Matancitas de Nagua y la prensa le dio mucha repercusión. La noticia produjo gran temor en Puerto Plata. El domingo siguiente al 4 de agosto en horas tempranas de la mañana fue oficiada una misa en el Parque Central de Puerto Plata en acción de gracias por haber sobrevivido a la catástrofe.

En el transcurso de la misa hubo otro temblor de baja intensidad y a alguien, en su temor, se le ocurrió gritar “¡Ahí viene el mar!”. Hubo un pánico colectivo y los feligreses corrieron despavoridos hacia las montañas, algunos creyeron que las olas les habían llegado a los pies. Yo había dado a luz a Max, estaba recién parida; mi marido trajo un coche y me llevó con el niño a casa de mis padres, las autoridades declararon toque de queda para evitar desmanes. Unos días después, creo que fue el jueves a prima noche, a mi esposo José Augusto se le ocurrió que tenía que bajar al centro del pueblo. Esa noche era la del desembarco de armas, él me lo refirió luego con detalles. Concurrieron los miembros del grupo principal del Frente Interno de Liberación y realizaron la operación por la entrada de la calle Separación (frente a la Logia), cada uno de ellos apostado en cada esquina y una consigna consabida para avisar en caso de que alguien avistara la operación.

Al cabo de unos días que no puedo precisar y ya normalizada la situación, parte de esas armas fueron traídas a casa, cargadas en hombros en sacos de henequén, traídos

por George que era empleado y amigo fiel de Fernando Spignolio. George tenía aspecto inofensivo, de retrasado mental, con el ojo izquierdo en blanco y más caído que el derecho; usaba una chaqueta negra más grande que su talla y su postura inclinada hacia adelante hacía que el saco pareciera más largo en su parte delantera. Siempre tuve claro que de esa figura rara dependían nuestras vidas.

José Emilio Palín era amigo de mi esposo José Augusto desde los tiempos escolares, escogió la ebanistería como profesión y devino en artista de la ebanistería; a él le correspondió la tarea de construir el escondite de las armas, que no eran tantísimas, pero ocupaban espacio. Eran como del tamaño de un brazo, cuando se limpiaron y las compusieron, a mí me tocó vigilar desde la galería de nuestra casa. El resto de las armas –no sé cuántas eran ni cuántos envíos llegaron por aquí (Puerto Plata) o por Santo Domingo– sí sé que venían en goletas y que el capitán preferido era Félix la Hoz, aunque estuvo también en ese asunto Pاپito Pián, pero con él hubo dificultades. Esto lo ha referido en su momento Manuel Andrés Brugal Kunhardt.

En la finca de los Bordas había dos tanques que no fueron descubiertos, aunque hubo allanamientos en busca de armas. También tengo la certeza de que hubo traslado de armas por carretera. El hombre clave y de entera confiabilidad en la carretera era el Sr. Santana Lantigua, chofer de la Casa Brugal que traía el ron a la capital; como él era chofer y era una persona de confianza, ahí era donde se disimulaban las armas cuando venían a Santo Domingo.

A principios de mayo de 1947 vino un grupo de militares y miembros de la justicia que se desmontaron de dos vehículos. Cuando los vi frente a mi casa y con mi marido entre ellos, pensé que habíamos sido descubiertos y que

venían por las armas. Un guardia se adelantó por las habitaciones y el fiscal le siguió detrás, yo seguí al fiscal. Cuando llegué a la puerta de la habitación de mi hijo, el guardia acababa de cerrar una gaveta del armario de mi hijo y el fiscal se encaminaba hacia el armario, abrió una gaveta y realizó el hallazgo. Sacó un revólver de dentro de los pañales de mi bebé. Yo acababa de presenciarlo, pero que importaba si esa falsedad era nuestro retorno a la vida. Se llevaron a mi marido preso y en unos días le pasaron causa. Ese mismo día sentenciaron a tres compañeros y amigos de él, por la misma causa.

Bien, hasta ahí el texto de mi madre. Quiero decirles algo de orden anecdótico y familiar. Es sobre lo que hicieron para esconder las armas, la casa era de mampostería, muy sólida, con piso de madera; entre el piso y el suelo había metro y medio de altura más o menos. Allí se fabricó una falsa viga, hueca y la hizo el ebanista José Emilio Palín, en ella se introdujeron las armas y luego esa viga se levantó y se incrustó, así en caso de que cualquier investigación, los que entraran allí solo verían la viga. Le hicieron un embutido gigante, porque estaba llena de armas.

José del Castillo:

—Pero en la casa del doctor.

Max Puig:

—No, esto fue en la calle El Comercio. Mi madre cuenta una cosa muy particular y es que cuando vio que llegaban, observó por las persianas de la casa, no se abalanzó a la puerta, prefirió irse a sentar en su tocador, maquillarse para que no se notara que tenía miedo y que las armas estaban allí. Ella tuvo la sangre fría en aquel allanamiento

como para irse a sentar, maquillarse y después abrir la puerta. Luego me dice mamá que a mi papá lo condenaron a dos años de cárcel por el revólver que le pusieron.

Señora del público no identificada:

—Sembrado.

Max Puig:

—Sí, sembrado, el revólver lo sembraron y ellos, más tarde, lo indultaron. Es parte de la historia familiar. Yo traje aquí al Museo una carta en la que el presidente de la Junta Directiva del Partido Dominicano de Puerto Plata, en fecha 5 de mayo de 1947 presenta un informe a don Virgilio Álvarez Pina, presidente de la Junta Central Directiva del Partido Dominicano, donde se refiere a los allanamientos y las detenciones de esa época en nuestra provincia.

Esas armas nunca fueron descubiertas, como refiere mi mamá, me parece que eran sumergidas en tanques de grasa, de aceite; para poderlas enterrar las desarmaron, según tengo referencia. Esas armas nunca aparecieron, o sea, nunca fueron descubiertas.

Doña Luisa:

—Muchas gracias. Es tanta la información que yo creo que esta ha sido una de las mejores tertulias. Voy a hacer una pregunta porque es un tema que estamos trabajando ahora. Ese oficial que ustedes mencionan, Antonio Jorge, ¿está relacionado con el que era jefe de la Policía Nacional en el momento en que desaparecen los héroes del 30 de mayo, o sea aquel de los 40 era el padre del jefe de la Policía?

Un miembro del público:

—¡Era el padre!

Max Puig:

—El jefe de la Policía cuando lo del 30 de mayo era el hijo mayor de aquel.

Octavio Peña:

—Hay un Estévez que era esposo de Angelita Trujillo, se llamaba [Luis José] León Estévez que hace poco tiempo murió.

Doña Luisa:

—Sí, pero yo me refiero a Marcos Jorge.

José del Castillo:

—Hermano de padre.

Max Puig:

—El jefe de la Policía, teniente Marcos Jorge M., era hermano de Antonio Jorge Estévez, un veterano del Ejército Nacional que fue a Puerto Plata, supuestamente para dirigir la Hermandad de Veteranos, aunque su propósito era descubrir lo que ya se decía tras bastidores: que en Puerto Plata se estaban entrando y entregando armas, quien se acercó a Spignolio a través de los gallos y las galleras.

Doña Luisa:

—Le vamos a abrir el micrófono al público.

Manuel Andrés Brugal Kunhardt:

—Yo he hecho esta investigación histórica rigurosamente, desde el punto de vista metodológico de la investigación, pero no tengo muchos antecedentes sobre Antonio Jorge. Sería interesante indagar sobre Antonio Jorge Estévez porque él era miembro del Ejército cuando llegó a Puerto Plata.

Doña Luisa:

—Sí. Le damos nueva vez la palabra a Max.

Max Puig:

—Yo quiero decir algo. Lo que ocurre es que yo vivo con muchas referencias recogidas a lo largo de los años. Como señaló Manuel Andrés, el Frente Interno de Liberación fue una organización extremadamente discreta y eso hizo que muchas personas también salvaran la vida; es decir, ellos habían establecido el principio de cuerpo principal, el equipo de dirección debía aprobar el ingreso de cada miembro a unanimidad.

Mi padre murió hace ya unos treinta años y él me había relatado que hubo oposición al acercamiento de Fernando Spignolio y Antonio Jorge Estévez; es decir, los propios compañeros de Fernando le dijeron que no se relacionara con esa persona, incluso ellos le pedían a Spignolio que por favor no les presentara a ese hombre. Por la misma forma en que se relacionaron —el equipo de dirección tenía sospechas— como dice Manuel Andrés, fue un grave error.

Demetrio Mazara Gómez:

—Mi nombre es Demetrio Mazara Gómez, soy médico y he tratado toda mi vida de definirme como patriota, amar

a mi patria. Siempre he estado dispuesto a vivir y a luchar si fuese necesario, pero la verdad es que me siento y me he sentido durante toda la vida un poco solo, porque veo muchas personas que dicen ser patriotas, pero no lo demuestran en su diario vivir; dicen amar a la patria, pero no la cuidan ni hacen sacrificios dignos, propios de aquellos que dicen amar a la patria.

Cuando yo escucho historias como estas, se me parte el corazón y pienso: ¡Carajo! ¿Por qué yo no nací veinte o treinta años antes, para formar parte de un grupo tan interesante como ese? Muchas veces me siento acongojado porque estas historias deberían ser dichas de manera que se escuche en todo el país, porque no creo ser el único que ame a esta patria. Aquí existe mucha gente que ama a su patria.

Mi pregunta es: ¿Dónde están los patriotas de aquellos tiempos? ¿Ustedes conocen personas dispuestas a dar la vida ahora en estos tiempos como la dieron esas personas?

Octavio Peña:

—Mi nombre es Octavio Peña, estudiante universitario, dominicano que también está dispuesto a defender la patria en cualquier momento que se vea amenazada. Quiero felicitar al Museo de la Resistencia Dominicana por tan magno evento de hoy 21 de mayo, estas actividades deberían de realizarse en cada fecha memorable, como por ejemplo el 14 de junio.

Quiero también felicitar a los expositores José del Castillo, Maximiliano (Max) Puig y Manuel Andrés Brugal Kunhardt por la manera magnífica en que disertaron sobre el tema en cuestión. Quiero preguntarle primero a Andrés, ¿hubo alguna comunicación entre Juancito Rodríguez, quien era prácticamente el jefe militar en el exterior

y Fernando Spignolio, quien era prácticamente el jefe del Frente Interno de Liberación? ¿Hubo previo a la expedición de 1949 alguna conversación directa entre ellos?

Esa es la pregunta principal y quiero hacer una exhortación a los dirigentes del Museo de la Resistencia, es que tiene mucho sentido que haya aquí mucha gente con ideas acumuladas, pues son familiares de personas que perdieron sus vidas, que dedicaron su tiempo a luchar por la liberación de este pueblo, pero hace falta que los estudiantes estén presentes en este museo, ya que son los verdaderos herederos y podrían ser los continuadores —si fuese necesario— de la obra de los expedicionarios de 1949 y de los de Cayo Confites de 1947. Porque ustedes están aquí para aglutinar lo mejor de lo viejo con lo nuevo, nosotros también estamos dispuestos a entregar nuestras vidas si es necesario por la liberación real de la nación dominicana.

Una exhortación final: creo que hace falta que se realice un seminario o encuentro entre revolucionarios de los países que apoyaron a República Dominicana cuando estuvo amenazada durante la tiranía trujillista y durante los doce años de Balaguer, como fueron Puerto Rico, Cuba, Venezuela, Guatemala y Costa Rica.

Muchas gracias.

Miguel Ángel Ramírez:

—Mi nombre es Miguel Ángel Ramírez, soy hijo del general Miguel Ramírez, quien fuera uno de los comandantes de la expedición de Luperón y Cayo Confites y hay una serie de informaciones que quisiera compartir con ustedes.

Durante mucho tiempo se han cuestionado algunas de las cosas que allí pasaron y por otro lado, ha existido falta de información y confusión con relación a algunos de los

hechos que ocurrieron. Estas informaciones provienen en primer lugar de dos documentos que tengo en mi poder y que oportunamente le hemos hecho llegar copias tanto al Museo de la Resistencia como al Archivo General de la Nación. Se trata de un documento del año 1949, unos meses después de que fracasara la expedición de Luperón. Por otro lado, hay otro documento que pude obtener en la Base Aérea norteamericana escrito por la Sociedad de Historia de la Aviación Latinoamericana, publicado hace algunos años en el cual se confirman algunas de las informaciones que tengo. De igual modo, parte de esta información me fue suministrada por mi padre cuando yo era un adolescente.

Voy a comenzar desde el día "D", cuando se hacían los preparativos para lanzar los aviones que iban a tomar la ruta Cozumel y el avión anfibia "Catalina" dirigido a la bahía de Luperón. Unas tres horas antes de la hora acordada para la salida ocurrió un acontecimiento: dos pilotos pertenecientes a una línea aérea privada se fugaron con sus aeronaves, bajo el argumento de que no se les había pagado previamente.

Es decir, que se perdieron dos aviones que serían usados en el transporte de las armas. Cuando este hecho sucedió, inmediatamente el general Juan Rodríguez se comunicó con el presidente Juan José Arévalo y le explicó la situación y la necesidad de colaboración.

Tradicionalmente se ha dicho que salieron solamente tres aviones: el "Catalina" y dos aviones más, uno al mando de mi padre y otro donde iba el general Juancito Rodríguez, pero no es así. En realidad salieron cuatro aviones, ya que el presidente Guatemala ordenó, de una forma valiente, que dos aviones C-47 de la Fuerza Aérea guatemalteca

embarcaran esas armas y las llevaran a Cozumel. Yo no tengo el dato de cuál fue la excusa que ellos utilizaron, pero obviamente en la aviación hay muchas excusas que se pueden utilizar. Lo cierto es que los dos aviones militares de la Fuerza Aérea de Guatemala salieron primero y aterrizaron en la isla de Cozumel en el estado de Yucatán; puede ser que utilizaran la excusa de un fallo técnico y que tenían que aterrizar para un chequeo o porque habían tenido un mal tiempo y que tenían que hacer una escala técnica.

Lo cierto es que esos dos aviones C-47 de la Fuerza Aérea guatemalteca aterrizaron primero, antes de la salida de los dos aviones que luego enfilaron hacia el lago Izagal. Hay que tener en cuenta que el avión C-46 es cromado; en el que venía el grupo encabezado por el general Juancito Rodríguez tenía un problema de navegación, además de dificultades para la comunicación por radio. El giro del compás estaba defectuoso y no le permitía realizar una navegación aérea precisa, razón por la que se trazó el plan de continuar el vuelo cuando anocheciera, siguiendo las luces del avión C-47, piloteado por mi padre el general Miguel Ramírez y los demás expedicionarios.

Hay que señalar además que debido al incidente de la fuga de los aviones, el C-47 y el C-46 tuvieron una demora de más de tres horas porque tenían que cargar las armas que venían en los dos aviones militares y esperar que llegaran a la Base Militar de San José, la cual estaba localizada al norte de Guatemala, donde recogerían las armas y luego seguirían hacia la isla Cozumel.

Finalmente, los dos aviones despegaron y pasaron sobre el lago Izagal, haciendo la señal convenida al comandante Ornes Coiscou, que estaba a bordo del “Catalina”, y enfilaban vuelo rumbo a la isla de Cozumel, pero ya con un atraso

de más de tres horas. Previamente se había convenido con los funcionarios aeroportuarios que dos aviones cargueros comerciales aterrizarían para reabastecerse de combustible aproximadamente a las 6:00 de la tarde. La tripulación de ambos aviones suponía que ya se habían realizado los arreglos con oficiales de la Fuerza Aérea mexicana y con el general Lázaro Cárdenas y otros políticos. O sea que los encargados del aeropuerto suponían que eran aviones civiles.

Al caer la tarde los dos aviones volaban rumbo a la isla de Cozumel y cuando comenzó a anochecer volando sobre Yucatán los atrapó una tormenta tropical. El avión de mi padre iba delante y el avión del general Juan Rodríguez venía detrás siguiendo las luces a una distancia prudente por si ocurriese algún problema evitar colisionar. Cuando entraron al área de la tormenta los aviones se perdieron de vista entre sí, la fuerza de la tormenta afectó el timón de la aeronave C-47 donde venía mi progenitor el general Miguel Ramírez.

El avión C-47 de la Fuerza Aérea guatemalteca era un avión robusto, pero no tan fuerte como el C-46 en el cual venía el general Juancito Rodríguez, que era un avión de un poco más de veinte mil kilogramos de pesos, mientras que el C-47 es un avión más ligero, de aproximadamente once mil kilogramos, fabricado durante la Segunda Guerra Mundial, precisamente para reemplazar al C-46.

Pasada las 8:00 de la noche, el avión que volaba mi padre llegó a Cozumel; no pudo aterrizar inmediatamente por el problema del timón. El avión se salió de la pista, razón por la cual tuvo que dar varias vueltas sobre el aeropuerto de Cozumel tratando de enfilarse la pista y después de varios intentos logró aterrizar en el área designada, la de mantenimiento y combustible. Cuando el avión se detiene

y apaga los motores, ya lo estaba rodeando un contingente del ejército y la policía mexicana, con armas en la mano y por el lateral izquierdo, que es donde está la puerta de la aeronave, les exigían que abrieran la puerta para realizar una inspección.

Aquí en el país hubo unos cuestionamientos referentes a que mi padre cometió el error de identificarse con vestimenta inadecuada, lo cual le habían dicho que no se hiciera, pero es que en ese momento ya no se podía hacer otra cosa, ya que en primer lugar el avión estaba fuera de la hora acordada; en segundo lugar, se supone que ellos contaban con una autorización, no con el permiso original, sino con otro permiso que se había dado para que el avión pudiera aterrizar fuera de hora, haciendo saber que dos aviones militares iban a aterrizar.

En esas circunstancias mi padre no tenía otra alternativa que abrir la portezuela e identificarse, diciendo que “somos dominicanos, no venimos a buscar problemas, el asunto no es con ustedes ¿tienen autorización para echarnos combustible? El oficial mexicano le contestó: “No, no tenemos esa autorización, tienen que bajar del avión y depositar las armas”. Más adelante les dijo: “Están detenidos”, orden que tuvieron que obedecer: bajaron del avión, colocaron las armas en el suelo y se dejaron arrestar.

Tradicionalmente se ha dicho que mi padre cometió un desliz al mostrarse con todo el equipo militar, pero es que en esas condiciones no había otra alternativa, ya que no tenían combustible suficiente para continuar y mecánicamente el avión a su cargo no podía despegar esa noche, pues el timón dañado debía someterse a reparaciones. Si hoy es difícil hacerlo, imagínense en una isla del Caribe mexicano en el año 1949.

Desde ese momento la expedición de Luperón había fracasado. Mi padre y los otros expedicionarios tenían la preocupación del paradero del otro avión, que se suponía que aterrizaría detrás del otro. El avión en el que venía el general Juancito Rodríguez al tener problemas de navegación aérea y haber perdido la guía del avión en que volaba mi padre, se pasó de la costa de la isla de Cozumel y fue a parar a la costa norte de Yucatán, donde hubo de realizar un aterrizaje forzoso en un cabo que se llama El Cuyo, del que muchos han dicho que es un islote.

Es bueno saber que en ese tipo de acciones clandestinas y subversivas, no siempre se consigue lo que se pide y hay que hacer con lo que se tiene, lo que se pueda. Una de las razones por las cuales se contrataron esos pilotos mexicanos fue precisamente porque eran de México y conocían mejor que cualquier otro piloto el territorio, ya que volaban regularmente sobre el Caribe mexicano. Por esa razón esa noche estaba volando un piloto de ese país.

Posiblemente eso determinó que la tripulación del avión C-46 que aterrizó en Cabo Cuyo salvara la vida, ya que al momento de perder el control, volando en la oscuridad de la noche y a muy baja altura, este piloto ubicó el faro del Cuyo porque lo conocía e inmediatamente supo que estaba en la playa y pudo tirar hábilmente el avión dentro de una longitud suficiente para que no colisionara.

Tirar un avión C-46, con problemas mecánicos, en la oscuridad, tripulado y cargado de pertrechos militares explosivos y no hacerle un solo rasguño al avión ni a la tripulación es un caso de excepción. Esta hazaña está considerada como uno de los aterrizajes más memorables en la historia de la aviación de todos los tiempos.

Ese fue el motivo, a mi entender, del fracaso de la expedición de Luperón. Luego los guatemaltecos y los mexicanos confiscaron el armamento y los aviones militares de la Fuerza Aérea guatemalteca. Fueron al Cuyo a recoger las armas y a los expedicionarios que tripulaban la aeronave, acompañados siempre de un caza mexicano para evitar que se llevaran los aviones de la Fuerza Aérea de Guatemala que fueron devueltos a ese país y los expedicionarios posteriormente liberados.

En este tipo de misiones siempre existen altos riesgos. Yo puedo dar testimonio de eso porque además de piloto aéreo, mi otra profesión es buzo profesional, también soy instructor de búsqueda y rescate en helicóptero. He volado en misiones de alto riesgo y lo único que hay seguro es precisamente el riesgo, lo demás uno trata de hacerlo como se pueda, porque siempre hay muchos factores en contra: el factor mecánico de la aeronave, el factor de las condiciones meteorológicas, el factor del terreno, el factor del enemigo y el factor de las coordinaciones que se hayan hecho, que en este caso, aunque no está confirmado, ellos tenían el permiso para echar combustible esa noche, clandestinamente; cuestión que nunca se aclaró porque ese permiso nunca estuvo ahí, porque primero que todo, si el permiso hubiera sido dado o aprobado, las autoridades de la Fuerza Aérea mexicana no tenían por qué ir a revisar ese avión. También pudieron darse otras posibilidades: se ocultó el permiso o se movió un dinero o se planificó un sabotaje en combinación con los militares del aeropuerto.

Es de justos reconocer el riesgo asumido en esta operación expedicionaria que fue y continua siendo la acción más arriesgada que se ha realizado hasta el momento: pretender volar más de 1,200 millas por aguas desconocidas,

arrecifes, selvas; cruzar medio Caribe de día y de noche con el fin de llegar a esta isla y aterrizar en la carretera de San Juan de la Maguana; aterrizar en un aeródromo las naves del general Juancito Rodríguez y acuatizar en el Atlántico el avión del coronel Horacio Ornes.

Finalmente, la expedición fracasó por una serie de contratiempos que ya hemos visto, pero pienso que siempre deberá quedar en el recuerdo la valentía de esos hombres.

Muchas gracias.

Doña Luisa:

—A continuación abriremos un espacio para algunas precisiones de los participantes y de los expositores.

Teresa Espaillat:

—Aquí han hablado de Fellito, el doctor Rafael García Carrasco, él es médico, se graduó creo que en 1942 y se marchó al exilio. No se integró al país en 1961 porque siempre tuvo el temor de lo que había hecho con el hermano de Jorge Moreno, que como sabemos, se quedó aquí. El doctor García Carrasco intentó vivir en el país hace dos años cuando se murió Jorge.

José del Castillo:

—Yo desconozco los detalles de lo ocurrido en 1955, no tengo conocimiento si Juancito Rodríguez tuvo contacto directo con Fernando Spignolio, eso lo pudiera decir Manuel Andrés Brugal. Sobre el aporte de los países que contribuyeron con esta causa y la organización de un seminario, creo que sería interesante. En un texto escrito tengo una lista de los perfiles de los expedicionarios nicaragüenses que lograron venir; muchos de esos oficiales, oficiales

de policía entrenados en el exterior de Nicaragua, como Alejandro Selva y otros militares académicos de la Guardia Nacional nicaragüense se sentían asqueados con el régimen de otro dictador: Anastasio Somoza.

Se constituyó una fuerza realmente multinacional. Por ejemplo, hubo cincuenta y cinco expedicionarios que no estuvieron en territorio dominicano, sumada a ellos la tripulación de matrícula norteamericana. En este contingente la mayoría era nicaragüense, además de nueve hondureños, seis españoles, seis mexicanos, cinco guatemaltecos, cuatro cubanos, cuatro norteamericanos y un costarricense; o sea, que estamos hablando realmente de una multinacional revolucionaria. Los dominicanos que venían, entre esos cincuenta y cinco expedicionarios, eran solo ocho, es decir, el 15 % de la fuerza, eso fue lo creado por Juancito Rodríguez, tanto en Cuba como en Guatemala.

Ahora quiero referirme a Alberto Bayo, teniente coronel de la Aviación española, una figura legendaria de la Guerra Civil de ese país, incluso antes de que la Guerra Civil se desarrollara a plenitud, Bayo realizó una serie de operaciones en contra de las fuerzas de Franco.

Alberto Bayo llevó varias misiones en México, para la operación de Confitos fue contratado como entrenador. Participó además en la expedición de Costa Rica y para la expedición de Luperón fue asesor de don Juancito Rodríguez, quien por alguna razón le perdió la confianza.

Es importante decir que Alberto Bayo fue el entrenador del Che Guevara y de los hermanos Fidel y Raúl Castro y todos los demás que se entrenaron con él para la expedición de los doce en el Granma en una finca en México.

De manera que luego del triunfo de la Revolución cubana, Bayo fue condecorado y ascendido a general. Alberto

Bayo falleció en Cuba, la tierra donde originalmente había nacido, aunque era de nacionalidad española.

Sin embargo, la información fresca e importantísima –a la que Miguel Ángel hacía referencia– es que el factor Bayo es una fuente fundamental en contra de los planes de los expedicionarios, un hombre que tenía una motivación personal porque lo habían apartado del movimiento por desconfianza hacia él.

De manera que ese señor que envió un emisario a la Embajada, que vendió las informaciones secretas sobre la operación y que luego recibió de la persona que está viva y es amigo de Manolito García Arévalo, la suma de 250 dólares mensuales, “que era mucho dinero”, y estuvo varios meses recibéndolos, siempre en su casa, nunca puso los pies en la Embajada. La persona era la segunda voz en la Embajada, un hombre de confianza de Anselmo Paulino, quien a su vez era de la entera confianza de Telésforo Calderón, quien fue secretario de la Presidencia al momento del desembarco en Cayo Confites.

En ese momento Inglaterra colaboraba en asuntos de inteligencia con Estados Unidos, ya que era el principal mercado de destino del azúcar dominicano. De manera que la inteligencia británica jugó un papel muy activo en la preparación de la documentación de la expedición de Cayo Confites a través de su inteligencia aérea, entregando informes y fotografías.

Telésforo Calderón me narró en una ocasión que él estaba viendo una fotografía y le dijo a una persona: ¡Oh, pero mírate ahí en Cayo Confites! Y la persona aludida cambió de color, parecía desfallecer en aquel instante. Resultaba que un hermano casi gemelo del susodicho sí estuvo en la expedición. A la persona que estuvo con Telésforo en

aquel momento no le pasó nada, porque en verdad no estuvo involucrado directamente en Confites, pero nunca consiguió trabajo en el sector privado ni en el público durante todo el tiempo que estuvimos gobernados por Trujillo.

Hay un detalle que quiero resaltar y es que Tulio en su libro le dedica un capítulo a un episodio que se refiere a mi tío, quien por inadvertencia trajo en su mochila unos informes firmados por “Siberián” que era el seudónimo que él utilizaba.

Cuando el proyecto fracasó, esos informes cayeron en manos de las autoridades dominicanas, y todos los sobrevivientes fueron interrogados por Fiallo y otros más, acerca de la identidad de “Siberián”. Tulio tuvo una salida muy inteligente, delante de las autoridades represivas mantuvo que era Kunhardt quien había fallecido y todos coincidentalmente concordaron con lo declarado por Tulio y agrega: “eso logró salvarle la vida a esa persona que todavía no me ha autorizado a revelar su nombre”. Es decir esa declaración le salvó la vida a mi tío que por suerte ya se encontraba asilado en la embajada de Venezuela, cuando este hallazgo se hizo público.

Por esa razón, cuando murió mi tío Mané, Tulio publicó esos dos artículos, en el que revelaba porqué le dedicó dos capítulos en su libro sobre la Expedición de Luperón.

Manuel Andrés Brugal:

—Sobre si Spignolio se reunió con Juancito Rodríguez, les diré que creo que no, porque él viajó hacia Puerto Rico y los antecedentes que tengo no lo mencionan, más bien mencionan a los dirigentes del exilio allí.

Por otra parte, es justo reconocer que cuando Fernando Spignolio llevó a cabo la riesgosa misión de convertirse

en interlocutor al servicio del Frente Interno en Puerto Plata, era el líder local de un movimiento armado internacionalista, cuya misión era derrocar la dictadura trujillista, contando con apenas con 27 años de edad.

Max Puig:

—Quisiera resaltar la importancia en este caso de la expedición de Luperón y su relación con el Frente Interno en su sentido limitado a Puerto Plata o en su sentido amplio como resistencia interna; destacar además el hecho de que en los cuatro años comprendidos entre 1945 y 1949 a raíz de la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial, las condiciones permitieron que se produjeran y desarrollaran estos procesos, como las comunicación de la resistencia interna de Puerto Plata y Santo Domingo las cuales se daban bajo diferentes expresiones, porque hay que entender esas relaciones y las de otros grupos clandestinos menos inclinados a confiar en la dictadura. Porque hay personas que formaron parte de esos grupos en la capital que no aceptaron como válidas las propuestas trujillistas de liberación surgidas a finales de 1946.

Esas articulaciones permitieron el surgimiento del movimiento obrero y las huelgas de trabajadores, sumado al caso particular que nos ocupa, quizás el más importante: la conformación del Frente Interno, movimiento que logró vincular diferentes núcleos de la resistencia interna en el país y que esos núcleos lograran conectarse con el exilio y que a diferentes niveles de concreción, como fue el caso particular de la introducción de las armas. A partir de esas conexiones se pudieron enlazar planes que tuvieron esos grupos que siguieron existiendo, siguieron activos en la resistencia, razón por la que se dio el caso de que muchos

de los que participaron en la expedición de Luperón, participaron luego en la gesta del 14 de junio de 1959.

Hay mucho todavía por entender de todo este proceso de la resistencia y qué bueno que el Museo esté haciendo el esfuerzo.

José del Castillo:

—Para que ustedes vean hasta dónde llegaban los tentáculos de Trujillo con relación a las fuentes de información, la Embajada dominicana compró un inmueble en México usando las influencias del expresidente al que me referí y luego ese inmueble fue rentado a la Embajada de Guatemala. El presidente Arévalo hizo una visita oficial a México y estableció su residencia en esa embajada.

La persona en cuestión fue contactada porque estaba todavía en funciones en la Embajada, para intentar liquidar a Juancito Rodríguez. Hay unos documentos que publicó Víctor Grimaldi en su obra *Sangre en el barrio del Jefe* donde está muy bien documentado el objetivo número uno de la diplomacia dominicana en Cuba: asesinar a Juancito Rodríguez.

Todo esto está descrito, pero se sigue trabajando en un informe a cargo de un embajador muy importante, que participó directamente en la liquidación de las figuras del exilio, como el hermano mayor de los mellizos Hernández (Pipí Hernández), quien pagó 10,000.00 dólares al cabe-cilla de los matones cubanos que fueron contratados; personaje que tenía una serie de asesinatos, entre ellos, el del dirigente sindicalista comunista Anselmo Iglesias y que luego fue hecho preso y fusilado cuando regresó a Cuba en la expedición de bahía de Cochinos.

A esa persona se le contactó para que participara en un plan para liquidar al presidente Arévalo en su visita a México, ya que él conocía la casa de la Embajada, porque había trabajado allí por muchos años. La residencia del embajador estaba en la segunda planta y las oficinas en la primera y él debía ser el guía para que unos matones contratados en New York ejecutaran a Arévalo. Por eso cuando los sicarios llegaron a México lo contactaron a él, siendo funcionario de la Embajada dominicana; él les dijo que realmente no conocía la segunda planta, que solo conocía la primera, porque en la segunda residía el doctor Balaguer y eran habitaciones privadas, lo cual no era cierto ya que él era de la confianza de Balaguer, quien le dictaba y despachaba documentos desde arriba, pero definitivamente él se negó a participar.

Definitivamente de esta situación lo salvó Anselmo Paulino, porque Trujillo ya había recomendado sacar a este hombre del Servicio Exterior, bajo el calificativo de traidor por el hecho de ser responsable del fracaso de la operación de eliminar físicamente a Arévalo por falta de logística. Luego, bajo el protectorado de Anselmo Paulino fue trasladado a Washington y puesto en funciones consulares.

El segundo punto es en referencia a la llamada Unión Cívica Nacional, la cual surgió a pocas semanas del ajusticiamiento de Trujillo, no es más que el Frente Interno, no hay que buscar muchos nombres raros, porque no es una casualidad que las cabeza de la Unión Cívica Nacional fueran Viriato Alberto Fiallo Cabral y Antinoe Fiallo Cabral y que luego de ser convertido en partido el candidato vicepresidencial se llamara José Augusto Puig Ortiz.

Doña Luisa:

—Muchas gracias por acompañarnos, espero que nos sigamos reuniendo. Buenas noches.

Este libro, *La expedición de Luperón*, Colección Tertulia, núm. 3, terminó de imprimirse en junio de 2015 en los talleres gráficos de Editora Búho, Santo Domingo, República Dominicana. Está compuesto en caracteres Albertus MT tamaño 10.5 e impreso en papel de baja densidad.

En esta tertulia, Manuel Andrés Brugal Kunhardt, sobrino de Hugo Kunhardt -expedicionario de Luperón-, tuvo una destacada participación al ofrecer una detallada y brillante descripción del "Frente Interno de Liberación de Puerto Plata", un grupo de hombres valientes y decididos a dar al traste con la tiranía de Rafael L. Trujillo. Esta agrupación, fundada y dirigida por Fernando Spignolio, fue un caso muy particular y diferente a los demás intentos de derrocamiento al régimen, pues se trató de jóvenes que, desde una provincia, se unieron contactaron a la resistencia antitrujillista tanto del exilio -disperso en el exterior- como con los jóvenes progresistas de la capital y del resto del país.

Esa exposición fue ampliada por la Sra. Elvia Miller Vda. Puig, sobreviviente de ese movimiento y esposa del Dr. José Augusto Puig, quien nos narró algunos acontecimientos e impactantes momentos vividos en su natal Puerto Plata en esos días aciagos.

El profesor José del Castillo intervino en su calidad de estudioso de dicho movimiento. Hizo énfasis en las características de la reprimida sociedad capitalista, describió la resistencia de la juventud y la incredulidad de gran parte de la población en la "apertura trujillista". El Profesor Del Castillo Pichardo, hizo un detallado análisis de la expedición de Cayo Confites, que según sus propias palabras, "es indispensable conocer para lograr entender la expedición de Luperón". Destacó el papel de guatemaltecos, nicaragüenses, hondureños, norteamericanos y los aportes de otras relevantes personalidades latinoamericanas en todo este proceso y de su compromiso con la libertad y democracia de América.

Asimismo, la tertulia acogió la enriquecedora participación de Miguel Ramírez, hijo del general Miguel A. Ramírez Alcántara, comandante de la expedición, nativo de San Juan de la Maguana, quien obtuvo ese grado militar en Costa Rica, cuando formaba parte de la "Legión del Caribe", dirigiendo un contingente militar que contribuyó con el establecimiento del gobierno de Figueres. El general Ramírez piloteaba el avión que aterrizaría en la zona del sur del país en el desembarco de Luperón. Miguel Ramírez hizo confesiones inéditas y relevantes sobre la participación de su padre en la expedición.

Esta tertulia es una cantera de datos novedosos que nos permite entenderla como preludio de las grandes luchas que descabezaron la tiranía y presenta la sacrificada e inmensa lucha desplegada por don Juan Rodríguez, Horacio J. Ornes, Miguel A. Ramírez, Fernando Spignolio, Fernando Suárez, Tulio Arvelo y otros grandes dominicanos en contra de la dictadura trujillista.